

LA DECISION

Matias Sanchez



Capítulo 1

LA DECISIÓN

El teléfono sonaba sin parar, solo obteniendo algún descanso cuando la línea se saturaba gracias al pésimo servicio de la empresa contratista. Hermoso país esta Argentina en la caótica década de los 80's, por fin tu corrupta vorágine juega a mi favor. Sin embargo, la campanilla dentro del aparato telefónico no era el único martirio, también estaba la rimbombante sirena del timbre; que intentando ser más recatada, solamente de vez en cuando se le unía a la tortura de la alternante melodía metálica. Nada ni nadie parecía comprender el concepto de ser dejado en paz al menos por unas horas. Acabo de volver del velorio y entierro de mi propia hija. Mi niña de tan solo trece años ahora yace a dos metros de profundidad luego de una corta despedida a cajón cerrado.

Recién llegado a mi país, subí a un taxi en el aeropuerto para ir camino a casa cuando mi corazón empezó a percibir que algo no estaba bien. El conductor, como todo buen taxista tenía muchas ganas de hablar, al oír la dirección a la que amablemente pedí ser trasladado, no pudo evitar la asociación con la grave noticia que tenía en vilo a toda la ciudad. "¿Sabía usted que muy cerca de su casa mataron a una chiquilla? A la pobre chica la violaron y el muy hijo de puta (con perdón de la palabra) quiso quemar el cuerpo para hacerlo desaparecer. Encontraron el cuerpecito ahí cerca de un cruce de vías de tren, según tengo entendido era una niña de catorce o quince años". El taxista continuó relatando su interpretación de la historia sin reparar que mi piel ya no tenía color y mis ojos apenas si podían contener las lágrimas. Desde que aquel hombre sentado en la fila de asientos frente a mí habló de la muerte de una niña, mi alma lo supo y todo fue la hecatombe. Siento los pedazos de mi corazón explotar sobre sí mismos una y otra vez. Mi hija ha muerto.

La multitud de personas conocidas y desconocidas apostadas frente a mi hogar confirmaron el terrorífico presentimiento. Le pedí al conductor que se detuviera unos cien metros antes, le pagué en silencio y bajé con cautela. Siento como si hubiera olvidado la mecánica del acto de caminar, como si algo se estuviera rompiendo en mi cabeza. El peso de la valija se convirtió en el lastre de un buque carguero sobre mi espalda, arqueándola ferozmente con la presión. No pude con todas aquellas sensaciones, permitiendo que un cruel sentimiento de muerte me envolviera ahí mismo. Un primo lejano; de esos que uno ve solo en velorios o casamientos, logró reconocerme a la distancia y apresurado intento aproximarse para ser el morboso que me diera la primicia. Con la mirada ya nublada casi por completo, alcancé a distinguir la silueta de un gran amigo interceptando al comedido pariente. La distancia no es un impedimento físico real cuando hay amor de verdad. La distancia del respeto, del espacio privado, del proceso personal. Únicamente un amigo

del alma puede entender algo así y dejar en mis manos la decisión de cómo encarar el macabro momento de asimilar la peor noticia. Mi hijita está muerta. Mi amorcito fue asesinada, cruelmente asesinada. Mi niña fue ultrajada, violada, golpeada y muerta por algún hijo de re mil puta. Mi bebita se fue.

Acostado, completamente vestido sobre la cama aún revuelta de la noche anterior, dejo que mis ojos se pierdan en los insignificantes detalles del cielorraso. Con la garganta pastosa y la boca seca de tanto fumar, intento entonar el estribillo de la única canción en la que puedo recordarla cantando feliz. Notas musicales cuasi infantiles que antes hubiese aborrecido se transformaron en obras maestras, y por un momento casi me permito sonreír.

Los días se pasaron con rapidez para convertirse en semanas, en meses. La depresión destruyó mi existencia en todos sus aspectos. Mi esposa dejó de dirigirme la palabra, mis hijos evitaban verme por una espantosa mezcla de sentimientos entre vergüenza y culpa. Mi vida terminó en el momento que arrojé esa última flor sobre el féretro que se hundía en las entrañas de aquel horrible cementerio. El suicidio pasó a ser una imagen recurrente entre mis utópicas fantásticas y mis sinuosos recuerdos. Ya no le encontraba sentido a continuar, mi alma estaba oscura, moribunda. La culpa de no haber podido proteger a mi hija se intensificaba con la culpa de estar descuidando a mis otros dos niños. Caí en un círculo vicioso de infame autodestrucción que me arrastraba a un destino por mucho previsible.

Envuelto entre sábanas sucias sobre un colchón desnudo, este despojo de ser humano en que me había convertido, amaneció abruptamente una horrible mañana que aparentaba ser igual que todas. La vil rutina de enfrentar la realidad que tanto evitaba, se vio alterada por el retorno de esa interminable sinfonía compuesta por los chirridos del teléfono y los intensos momentos del timbre. Todo parecía ser una demoníaca representación de aquel día funesto en donde mi mundo colapsó brutalmente. Sin embargo, la perversa melodía fue violentamente alterada por la potencia de un par de puños golpeando contra la puerta principal de la casa. Golpes que no conformes con agredir la pobre madera en el portal de ingreso, continuaron su asedio contra las viejas ventanas y el portón de la cochera. Algo en mi corazón se sacudió diferente. Algo inusual estaba ocurriendo, mi instinto no solía fallarme. La insistencia fue tal, y viendo que aparentemente era el único ocupante de la vivienda ese día; sumado al revoltijo en mi intuición, me obligué a levantarme e intentar atender los múltiples llamados.

Al abrir la puerta, uno de mis grandes amigos se abalanzó hacia adentro sin siquiera saludarme. Estaba nervioso, alterado, pálido. Por un momento

mi estómago se entumeció como esperando recibir un nuevo impacto del destino. Las típicas características de la desgracia empañaban toda la escena. Muy agitado, mi amigo me pidió encarecidamente que me sentara y que lo escuchara detenidamente. El mensaje que estaba por entregarme era quizás lo más importante que había hecho en su vida y a la vez lo más extraño. Con lujos de detalles me relató como un vecino de su barrio, un hombre común; un querido comerciante, lo había contactado para revelar su verdadera identidad y comprometerlo con semejante encargo. Este vecino era en realidad un "parapolicía" según la jerga coloquial, un agente de los servicios de inteligencia local, cuya imagen pública hasta entonces conocida era un mero montaje gubernamental.

El recado decía así: "Tenemos identificado al asesino de tu hija. Fue un hombre que habitaba una lujosa propiedad a menos de doscientos metros de tu casa. Tú y tu familia lo conocen. Dicha virtud fue lo que le permitió acercarse a la nena con tranquilidad y conseguir que ella accediera a irse con él. Te daremos más datos del crimen en persona, pero lo importante es que decidas que quieres hacer con el homicida. Proponemos tres opciones:

1 - Lo capturamos, lo llevamos a un descampado y lo matas con tus propias manos. Desaparecerá y su paradero será incierto para todos y para siempre.

2 - Lo capturamos, lo ultimamos nosotros y nunca más sabrás de él.

3 - Lo capturamos, lo entregamos a la justicia y con él todas las pruebas necesarias para que sea juzgado y encarcelado por mucho tiempo.

Tienes veinticuatro horas para tomar una decisión y comunicármela, ya sabes dónde encontrarme".

Por un momento pensé que desvanecería. Un entumecimiento generalizado se apoderó de mi cuerpo. Mi amigo que ya estaba mejor; aunque completamente mojado en sudor, se preocupó mucho por mi aspecto y quiso llamar a un médico. Le imploré que no lo hiciera, que estaba bien. Tan solo estaba atónito por el mensaje. Quizás con la presión sanguínea algo baja.

Mi cerebro estaba paralizado, nublado. No podía procesar con claridad la noticia. La cordura luchaba por ocupar un lugar en mi alma marchita contra el abrupto incremento de una insaciable sed de venganza. Aparentemente tenía todo el poder de la justicia en mis manos. Justicia divina, justicia poética, justicia por mano propia. Justicia que podía ser también una dulce, fría y perfecta venganza para un padre cuya hija fue atrocemente arrebatada de su vida, de la vida.

Le pedí a mi amigo que preparara el auto mientras me daba una ducha. Afeité la horrible barba que cubría mi rostro, me vestí con prendas limpias y fuimos al encuentro del agente. La decisión estaba tomada.

No demoramos más de quince minutos en llegar a destino. Antes de entrar al comercio mi amigo me preguntó cómo me sentía, si estaba seguro de lo que estaba por hacer y me manifestó su apoyo incondicional. Nos miramos fijo a los ojos sin hablar y eso bastó para entendernos. Con pasos firmes fuimos al encuentro de aquel hombre.

Rápidamente dejaron a mi amigo atrás, haciéndome caminar en solitario hasta una pequeña habitación sin ventanas ubicada al fondo del lugar. Sentados en viejas sillas de caño nos vimos las caras por primera vez. Sin mucho preludio y con su profunda mirada clavada en mis ojos, aquel hombre volvió a describir las tres opciones.

La tenue luz amarilla que apenas borraba las sombras consiguió revivir muchas sensaciones apagadas. Podía sentir como me hervía la sangre. Una fría transpiración empapaba el cuello de mi camisa, las manos me temblaban y apenas podía respirar. Junté fuerzas de donde ya no quedaban más que cenizas de una vida pasada y respondí: "Elijo la opción 3"

De camino hacia mi hogar, en ese ingrato retorno sin absolutamente nada que expresar, mi amigo finalmente se animó a preguntarme el porqué de mi decisión.

La respuesta fue muy sencilla. El deseo de todo padre que ha perdido un hijo es masacrar al asesino con sus propias manos, hacerlo padecer por cada segundo de sufrimiento vivido por su hijo y por cada minuto de sufrimiento propio. Golpearlo hasta quedarse sin aliento, mutilarlo, vaciarle un cargador del arma más poderosa posible. Pero, ¿qué gana uno como ser humano con todo eso? Solo estaría satisfaciendo una necesidad de venganza, no de justicia. El dolor en el alma jamás desaparecerá ni se verá aminorado al extinguir la vida del maleante. Además, ¿qué hay de la madre, de los hermanos? Si me encargaba personalmente del destino de aquel bastardo, solo yo sabría la verdad, solo yo conocería al culpable. Sería muy egoísta de mi parte dejar a sus seres amados con el feroz suplicio de nunca haber descubierto la verdad, de no obtener justicia por su hermana, por su amada hija. Yo quisiera ahorcar al maldito, pero prefiero que la justicia lo condene, que mi esposa pueda mirar al miserable directo a los ojos y decirle que se pudra en la cárcel. Si existe un culpable, se lo prueba responsable y se lo condena debidamente, el dolor seguirá ahí, pero las almas podrán continuar con sus vidas.